El Cueble

ocas enormes se han precipitado al Cantábrico desde lo alto de la montaña. Obra tozuda fué del mar aquel derrumbramiento. Por espacio de siglos estuvo socavando segundo á segundo, ola tras ola, las raíces del acantilado. Este resistió con bravura. Dignos uno de otro eran y son los peleadores. Miles y miles de olas se deshicieron sin quebrantarlo contra el soberbio murallón. Un día, una noche, ¿quién sabe hora y tiempo?, el acantilado tembló; de abajo á arriba sacudiéronle trágicas convulsiones; al rugir del Océano se impuso un crujido estruendoso; moles de piedra cruzaron el espacio y dieron contra las aguas, aplastándolas, partiéndolas, abriendo en ellas un abismo que se cubrió de espuma. Hízose después el silencio; los combatientes se daban tregua para restañar sus heridas. La tregua duró poco; empeñóse el combate más recio, más terrible que nunca. Torpe fué el mar creyendo vencer á la montaña, dorque le arrancaba unos pedazos. Las desprendidas

rocas, no esclavas del mar, parapetos de la montaña son. En sus puntas se hace el oleaje jirones.

Al Cueble me llevan hoy mis paseares. Voy á monte traviesa, hundiendo mis pies en la hierba, que la lluvia matutina humedeció. El cielo está gris; la campiña, solitaria y callada; nieblas opacas envuelven los picos de la cordillera. De tiempo en tiempo tropiezo con una casería; sus habitantes me saludan, les contesto y sigo mi viaje, mientras las nubes se deshacen sobre mi cabeza en menudísimas gotas de agua.

Algo que brilla entre unas zarzas atrae mi atención. Parece un joyel, una piocha de brillantes. ¿Será alhaja perdida por el hada de estas melancólicas soledades en sus invisibles excursiones?

Entre los zarzales reluce; sus cambiantes son maravillosos; en cada faceta relampaguea un arco iris. Las piedras son gruesas, límpidas, de matiz y forma irreprochables. Valor grande ha de ser el suyo. Ceñidas al cuello de una hermosa, atraerían sobre él más y más codiciosos mirares que si el cuello fuese desnudo. Puestas al asedio de una virtud, acaso la rindieran. En la mitología actual, el joyero suple con ventaja á Cupido.

¿De qué mina salieron aquellos purísimos brillantes? ¿Qué artífice los lapidó para engarzarlos al encaje de plata donde se reunen?...

¡Ay!... Mujeres hermosas que soñáis con ricos co-

llares para cautivar el metalizado corazón de los modernos amadores; galanes que pedís á la riqueza los méritos que para rendir hermosuras os negaron el corazón y el entendimiento, esta joya no os sirve; carece de precio en el mercado; construyéronla unas gotas de lluvia sobre humilde tela de araña. Sólo un hombre y una mujer que se amen de amor y tengan poesía en el alma, podrían hacer con esta joya labrada por la Naturaleza sobre la vivienda de un insecto, regalo de boda, presente de sus á diario repetidas nupcias. Vosotros, no. Vosotros la romperíais con la contera de vuestros bastones ó con el regatón de vuestras sombrillas.

.....

¡El Cueble!... Un anfiteatro de rocas sale del mar para unirse con la montaña. En este anfiteatro luchan como fieras las olas; rugidos siniestros lanzan los mónstruos verdes al morder la peña con sus bocas espumeantes. El viento ruge en las hendiduras del acantilado. Los dos gigantes, la montaña y el mar, se desafían y se increpan.

Difícil sería hallar algo más bravo, más salvajemente hermoso que el paraje donde me encuentro.

Tienen allí las aguas del Océano entonaciones sombrías, casi negras; sus estremecimientos son brutales; las olas se erizan sobre aquellas aguas como si fueran montes coronados de nieve; montes que an-

dan, que avanzan contra los otros montes para reñir cuerpo á cuerpo con ellos. Van unos tras de otros, incansables, incontables, dispuestos á pulverizar con su envite la carne granítica del acantilado. El acantilado aguarda el choque presentando á los asaltantes las agudas puntas de sus rocas bajas, irguiéndose sobre ellas como fortaleza inexpugnable, tallada á hachazo limpio por la mano férrea de un titán.

El choque se repite una vez y otra y otra, entre el rugir espantable del Cantábrico y el bramar salvaje del viento. Las montañas líquidas caen sobre las rocas, describiendo curvas, en cuyos remates la espuma penachea; momentos antes de acometer, de volcarse contra el anfiteatro, la tonalidad obscura de sus verdes se aclara, se anemiza; diríase que las olas saben que van á morir, y palidecen.

¡Qué grandiosa muerte la suya! ¡Qué terco, qué sublime el combate! La ola sube, se yergue, se echa un poco hacia atrás para adquirir más fuerza; de pronto se lanza; las peñas desaparecen bajo un torrente de espumas hervidoras; estas espumas se retuercen, giran, burbujean, lanzan gritos de dolor y de rabia; adquieren tonos lívidos, colores de bilis; saltan sobre las rocas, que las despiden de su lomo; luego caen, retroceden; están vencidas, quieren volver al mar, retirarse de la pelea. ¡Inútil!... Otras olas vienen y las recogen, y con ellas se engruesan, y con ellas vuelven

contra el acantilado, que firme las aguarda y con arrogante impavidez recibe las tremendas salpicaduras.

Así un minuto y otro; uno y otro día; así siglos y siglos... ¡Pelear incesante que acabará cuando acabe la existencia del mundo!

Pocas veces ha gozado y ha sentido mi espíritu tanto como en aquella hora de soledad, mientras fuí espectador de la gigantesca pelea.

Pelea terrible, pero hermosa; bien semejante á las que, durante la vida del hombre, libran en su interior las pasiones y la conciencia.

También las pasiones avanzan rugidoras; también amenazan tragarlo todo: deber, dignidad, honra...; también hay momentos en que todo desaparece debajo de ellas, en que trozos de nuestra alma caen rotos y se pierden en el revuelto remolino que esas pasiones forman.

¡Ay de quien no tenga la conciencia firme cuando llegan estos combates! Arrastrado será por las olas frenéticas; naufragio sufrirá su espíritu, y como resto despreciable é inútil irá flotando por la vida. Hay que resistir; hay que poner los mandatos de la conciencia por encima de todo; no para matar las pasiones, que de pasiones vive el hombre, para enfrenarlas, para dirigirlas, para pelear dignamente con ellas; para vivir de esas peleas y con esas peleas y por esas peleas, como vive la Naturaleza entera de peleas semejantes

á las que libran en el Cueble la montaña y el mar.

¡Qué importan esas luchas si se libran con los ojos puestos en ideas grandes! ¡Qué importan si las ilumina la esperanza en un porvenir más dichoso! ¡Qué importan!...

Olas y rocas siguen peleando en el Cueble mientras cesa la lluvia, y una hermosa franja arco iris, que va de Norte á Sur, se extiende sobre mi cabeza...

Para un drama